

denes recibidas y confirmadas por una carta de su duque, declararon que no siendo admitida su proposición tenían orden de abstenerse de toda participación en la conferencia con los representantes de la doctrina romana. A fin de no imposibilitar la conferencia convino la reunión en que todos los enviados protestantes entrasen en la conferencia, pero que los de Weimar presentasen á sus colegas una protesta en la cual motivaran la condenación de las herejías, exigida por ellos, y que esta protesta se conservara secreta por ser un asunto interior del partido protestante.

Abrióse la conferencia el 11 de setiembre, y en la sesión sexta, que fué muy agitada, sucedió lo que estaba previsto. El orador del partido católico preguntó á los protestantes cuál de sus diferentes sectas representaba el protestantismo, y cuáles eran las sectas que no estaban comprendidas en la profesión de fé de Augsburgo. A esta pregunta, Melancton, que comprendió el sarcasmo que encerraba, contestó que todos los protestantes estaban de acuerdo y hacían suya aquella profesión de fé; pero entonces los de Weimar creyeron oportuno hablar de su protesta, faltando poco para que con esto quedara patente y pública la disensión entre los protestantes. Para evitarlo los protestantes moderados amenazaron á aquellos luteranos obstinados con excluirlos de la conferencia si llegaran á enterar á los católicos de su protesta; pero ellos hicieron justamente lo contrario: presentaron al presidente de la conferencia, el obispo de Naumburg, su protesta y se retiraron el 2 de noviembre de la ciudad.

Después de su retirada, se celebraron todavía algunas sesiones, pero los católicos, muy contentos de tener un pretexto para romper las negociaciones de arreglo, se negaron á continuar los debates con los protestantes que quedaban, alegando que no sabían si los que se habían marchado ó los que quedaban eran los verdaderos representantes de la profesión de fé de Augsburgo. Quedó, pues, disuelta la conferencia y á principios de diciembre de 1557 habían partido de Worms todos los conferenciantes.

Es probable que la conferencia, aun en el mejor caso, no hubiera dado gran resultado; pero la disensión entre los protestantes fué causa de que no diera ninguno, y que solo dos años después de la publicación de la paz religiosa quedara demostrada á la vista de todo el mundo la imposibilidad de un arreglo entre las diferentes religiones y sectas. Los partidarios del protestantismo moderado de Melancton se lamentaron del vergonzoso fin de la conferencia de Worms, mientras los luteranos fanáticos capitaneados por Flacio se felicitaban del éxito de su actitud consecuente, y se quejaban de la conducta de los protestantes moderados, por supuesto en los términos groseros y soeces que entonces se usaban en Alemania en las polémicas. En la guerra teológico-literaria que estalló con motivo de la conferencia frustrada los insultos groseros compitieron con los usados anteriormente, sin que los teólogos protestantes, que gozaban en estas contiendas, conociesen ni sospechasen siquiera las consecuencias trascendentales de su terquedad obtusa.

Más inteligentes que ellos, los príncipes protestantes del partido moderado procuraron sentar bases sobre las cuales todos los protestantes pudiesen unirse antes que la excisión llegase á hacerse irremediable, y en el parlamento de Francfort del año 1558 en que pasó la corona imperial de Carlos V á su hermano Fernando I, los tres electores laicos, el duque de Wurtemberg y el landgrave de Hesse firmaron un documento en 18 de marzo, en el cual se comprometieron de nuevo á sostener la profesión de fé de Augsburgo, y dieron una forma aceptable para todas las sectas protestantes á los cuatro artículos que trataban de la justificación, de las buenas obras, de la comunión y de las adíforas ó cuestiones in-

significantes en que pudiera haber conciliación. Tocante á la comunión, rechazaron la doctrina católica y la de Zwinglio y convinieron en que Cristo estaba corporal y esencialmente presente en la Eucaristía, y que con el pan y el vino eucarísticos daba á los cristianos á comer y beber su cuerpo y su sangre. Prometieron sostener estos artículos, no permitir que se enseñara cosa contraria, y procurar que otros soberanos y potentados aceptaran el mismo convenio, y finalmente relegar al olvido todas las diferencias y disensiones habidas hasta entonces. Flacio, al tener noticia de este paso, echó mano á la pluma y dió á la publicidad varios escritos uno tras otro, en los cuales atacó con la violencia de siempre la nueva redacción de los cuatro artículos, diciendo que en ella se amalgamaba la religión verdadera con las doctrinas falsas; calificó la fórmula de la comunión de oscura, ambigua y demasiado general; quería que se dijese que el cristiano fiel recibía en la Eucaristía verdaderamente el cuerpo verdadero y la esencia de Cristo. También encontró vituperable que las autoridades laicas se mezclaran en asuntos religiosos, y decía que la Iglesia imponiendo aquellas fórmulas á los maestros se sometía á la tiranía de los príncipes, y que con esto se creaba solo otra interinidad en lugar de reunir un sínodo.

Melancton replicó y ya hubo bastante para continuar disputando.

El duque de Weimar se negó rotundamente á entrar en el convenio y otros miembros del Imperio se negaron también. Quiso Juan Federico agrupar á su vez á los protestantes contrarios á aquel convenio en una fórmula común sobre otros artículos redactados en sentido ortodoxo, pero los potentados de la Baja Sajonia se desentendieron de semejante compromiso. Entonces, en 1559, por consejo de Flacio mandó redactar para sus propios súbditos un escrito en el cual se enumeraron, refutaron y condenaron todas las doctrinas protestantes tachadas de falsas, cuyo escrito debían reconocer y adoptar por norma todos los eclesiásticos del país. Esta obra, conocida bajo el nombre de la *Refutación sajona*, no fué escrita precisamente por Flacio, á fin de que no fuese sospechada de parcial, sino por los catedráticos Schnepf y Strigel y el inspector eclesiástico Hugel, que se resistieron mucho tiempo á encargarse de este trabajo, que calificaron de supérfluo y peligroso; y cuando lo hubieron concluido lo repasó Flacio y dió á muchos artículos una forma más precisa y ruda.

Con este libro y el convenio de Francfort quedó oficialmente declarada la división de los protestantes alemanes en dos grandes campos: el luterano ortodoxo, cuyo centro era Weimar, y el liberal que seguía los principios tolerantes de Melancton. Este se lamentó sincera y amargamente del escándalo que los protestantes daban con su división, pero Flacio continuó sus críticas é imprecaciones contra los que propagaban doctrinas falsas y contra los soberanos que los protegían.

Bajo estos auspicios se abrió en 1559 el parlamento de Francfort, al cual debían ser comunicadas las actas de la desgraciada conferencia de Worms, lo que haciendo más solemne y pública la división de los protestantes, habría dado al emperador y á los potentados católicos la victoria en la cuestión religiosa. A fin de evitar esta derrota, los representantes de Weimar, á instancias de los del Palatinado, se avinieron á declarar que no querían divorciarse de los demás protestantes á pesar de lo sucedido en Worms, y que ni ellos ni los otros teólogos protestantes habían sido causa del fracaso de la conferencia, pues que las diferencias manifestadas entre ellos en aquella reunión podían zanjarse en cualquiera otra oportunidad. En vista de esta unión no se publicaron las ac-

tas de la conferencia, pero el emperador propuso que se arreglara la cuestión religiosa en un concilio general convocado por el Papa. Con esta proposición no se conformaron los miembros protestantes, diciendo que en semejante concilio el Papa y los suyos serían jueces y parte. El Papa, según decían, debía someterse á lo que decidiese el concilio y éste no debía tomar acuerdos por mayoría de votos, mayoría que en asuntos espirituales ninguna fuerza tenía para la minoría que únicamente podía someterse si se le probaba su error con la Sagrada Escritura. En cambio, á fin de no prolongar las sesiones del parlamento con debates infructuosos; atendida la imposibilidad de reunir un concilio imparcial y libre, y teniendo en cuenta que los últimos concilios papales habían producido, en lugar de paz y unión, mayor desunión y discordia, propusieron que se dejase la cuestión como la habían dejado el pacto de Passau y la paz religiosa del parlamento de Augsburgo de 1555, hasta que pudiese arreglarse definitivamente en otra ocasión más propicia. Así lo decidió el parlamento sin mencionar siquiera la idea del concilio en su acta final.

Las quejas presentadas en este parlamento por protestantes y católicos evidenciaron ya que la paz entre ambas religiones era poco menos que imposible. También pidieron los protestantes, como en el parlamento anterior, pero con idéntico resultado negativo, la anulación de la reserva eclesiástica, á lo cual se opuso el emperador tenazmente.

En agosto de 1559 murió el papa Paulo IV y en diciembre del mismo año fué proclamado Papa, con el nombre de Pio IV, el cardenal protonotario de la curia romana Juan Angel Médici, hombre prudente, pacífico y tolerante, sin permitir por esto discrepancias de la religión católica. El nuevo Papa procuró estar bien con la casa de Austria y se apresuró á reconocer al emperador Fernando I, enviando á su corte en calidad de nuncio al obispo Hosius de Varmia. Con el fin de hacer volver á los protestantes alemanes al redil católico, permitió á los de Austria la comunión en ambas formas y que regentasen las iglesias curas casados, y asimismo declaróse pronto á reunir un concilio ecuménico, continuación del de Trento, de los años 1545 y 1551, cuyas resoluciones debía aceptar naturalmente el concilio nuevo.

En 25 de marzo de 1560 anunció en una bula de indulgencias su intención de convocar este concilio, y entonces se vieron los protestantes en el caso de abandonar sus disensiones interiores y presentarse unidos enfrente de sus adversarios. Los príncipes tomaron, como antes, esta vez la iniciativa, y su primera idea fué la convocación de un sínodo protestante general; pero Melancton y Brenz, el jefe de la Iglesia de Wurtemberg, les disuadieron de este propósito, diciendo con razón que el tal sínodo no sería más que una ocasión de disputas para los teólogos y de que se aumentara la discordia religiosa.

Siendo esto evidente, propuso el duque de Wurtemberg á sus amigos, en junio de 1560, una reunión de todos los soberanos protestantes, á fin de que firmasen de nuevo la profesión de fé de Augsburgo, cuyos primitivos firmantes habían muerto todos menos dos, y evidenciasen así públicamente su unión, comprometiéndose al propio tiempo á no sufrir sectas ni disputas ni insultos de los teólogos. Federico III, nuevo príncipe elector del Palatinado y ardiente partidario de la unión protestante, que había recomendado á los teólogos protestantes que disputaran con los de otras religiones en lugar de hacerlo con sus colegas protestantes como ellos, hizo suya la idea, y su yerno, el duque Juan Federico de Weimar, que hasta entonces había sido el obstáculo principal de la unión, prometió su apoyo y dijo que para firmar de nuevo la profesión de Augsburgo se bastaban los prínci-

pes y no había necesidad de llamar á los teólogos, añadiendo que él por su parte haría que en adelante los eclesiásticos de su país se abstuviesen de escribir y de insultar.

LA REUNION DE LOS PRÍNCIPES PROTESTANTES  
EN NAUMBURG EN 1561

En enero de 1561, según estaba convenido, se reunieron en la antigua ciudad episcopal de Naumburg los príncipes protestantes acompañados de sus consejeros y algunos también de sus capellanes de palacio. A pesar de ser invierno había acudido la mayoría personalmente, y solo algunos, entre ellos el elector de Brandeburgo, habían enviado en su lugar representantes. Fué por lo mismo la asamblea muy brillante y además imponente porque, si de ella salía la unión de la Alemania protestante, podía esperarse que triunfara de sus adversarios católicos, cuya mayor fuerza consistía en la discordia y división del protestantismo. Aunque el objeto de la reunión no era, como en la de Simalcalda del 31 de diciembre de 1530, la formación de una liga ofensiva y defensiva, era muy fácil que de la unión religiosa resultara la política.

Siendo el objeto la firma de la profesión de fé de Augsburgo y existiendo dos, la primera del año 1530 y la segunda la modificada por Melancton del año 1540, en la cual el artículo décimo que trataba de la comunión había recibido aquella modificación que le hizo aceptable á Calvino, los reunidos tuvieron que decidirse por una de las dos, y si se decidían por la primera excluían á todos aquellos protestantes que no eran luteranos ortodoxos y rígidos. Ya hemos dicho antes que la mayor parte de los príncipes no se habían hecho cargo del alcance de aquellas modificaciones, ni siquiera habían notado las discrepancias que se habían introducido en las diferentes ediciones de aquel documento, y hasta estaban muy convencidos de que después de haber firmado la profesión de fé modificada del año 1540, habían continuado siendo buenos luteranos. En esta creencia se decidió la asamblea en su mayoría por la primera profesión de fé; pero á esto se opuso el elector del Palatinado Federico III, por considerar al artículo décimo de aquel documento como la aceptación de la doctrina católica de la transubstanciación. Insistió, pues, en que se firmara la profesión de fé del año 1540 por ser la de todos los protestantes alemanes; pero al fin se conformó con que se firmara la primera según la edición hecha de ella por Melancton en 1531. Esta edición en algunos puntos discrepaba del documento original del cual la reunión no tenía copia; y se acordó que la precediese un prefacio en el cual se mencionaría la *Variata* del año 1540 como el texto antiguo aclarado y aumentado. La redacción de este prefacio fué encargada por la asamblea al mismo príncipe elector del Palatinado y al de Sajonia. Este escrito decía entre otras cosas que los potentados protestantes firmaban la profesión de fé de 1530 para manifestar así que todavía estaban unidos como cuando se había firmado la primera vez, pero que no por esto pensaban faltar á la profesión segunda aclarada y aumentada tal como estaba en uso en la mayor parte de las iglesias y escuelas. Además estaba repetida en el prefacio la doctrina de la comunión en los mismos términos en que fué redactada en el convenio de Francfort. Los príncipes en su gran mayoría aceptaron este prefacio sin escuchar á sus teólogos, dando así una prueba de que más importancia daban á la unión del protestantismo alemán enfrente de Roma que á las diferencias de secta, y de que consideraban como cor-religionarios á aquellos protestantes que en la doctrina de la comunión se apartaban de la de Lutero. Entre los que no se conformaron figuró en primera línea otra vez el duque de Weimar, al cual declararon sus teólogos que si firmaba este

prefacio dimitirían sus cargos y se retirarían, y él les dijo que antes de firmarlo se retiraría con ellos. Así lo hizo á pesar de que su suegro, el elector del Palatinado, condescendió, á fin de retenerle, en hacer una profesion de fé; pero cuando su yerno por boca de su canceller, doctor Bruck, pidió la profesion de fé por escrito, negóse el elector indignado á darla. El yerno entregó el 2 de febrero á la asamblea una protesta escrita y al dia siguiente con mucho aparato salió de la ciudad sin escuchar á una comision que la asamblea envió tras él para hacerle desistir de su intento y no dar este nuevo triunfo al partido católico.

El duque Ulrico de Meklemburgo se negó como el de Weimar á firmar el prefacio y se retiró de la ciudad lleno de coraje. Tampoco firmaron los duques Ernesto y Felipe de Brunswick, Juan Alberto de Meklemburgo, Francisco de Sajonia-Lauenburgo y multitud de condes; pero la gran mayoría firmó, ó personalmente ó por sus representantes, en primera línea los tres príncipes electores laicos, luego el duque Cristóbal de Wurtemberg, el landgrave Felipe de Hesse, los marqueses Carlos de Baden (Durlach), Juan de Custrin, Jorge Federico de Ausbach, el conde Jorge de Simmern, los duques de Pomerania, los príncipes de Anhalt, los condes de Henneberg y otros.

El resultado mas importante de la reunion de Naumburg fué, pues, una nueva excision entre los protestantes, despues que en 29 de noviembre de 1560 el Papa habia convocado el concilio para el 6 de abril de 1561 en Trento. Aunque la convocatoria estaba redactada adrede en términos poco claros, era indudable que el nuevo concilio seria la continuacion del de la misma ciudad dos veces suspendido.

A excitacion del emperador habian pasado á Naumburg los dos nuncios del Papa, Commendone, obispo de Zante, y Defino, obispo de Liesina, acompañados de una embajada del emperador á fin de que indujesen á los potentados protestantes reunidos en aquella ciudad á concurrir al concilio. Llegaron el 28 de enero á Naumburg, donde despues de solicitar en vano una audiencia particular de Federico del Palatinado y del duque Augusto de Sajonia, fueron recibidos el 5 de febrero, cortés, pero friamente, por la asamblea en la cual se habia efectuado ya entonces la ruptura mencionada. Los dos nuncios pronunciaron sendos discursos en los cuales expusieron en términos muy cautelosos el buen deseo del Papa de disipar por medio de un concilio la confusion religiosa, y al fin suplicaron á los reunidos que se hicieran representar en el concilio y les entregaron una copia de la convocatoria y los breves pontificios, hecho lo cual se retiraron á su alojamiento. Allí, antes que hubiese pasado un cuarto de hora, se les presentaron tres nobles que les devolvieron los breves sin haberles la reunion abierto. Dijéronles de parte de los príncipes que éstos no podian aceptar los breves porque en el sobrescrito se decia: *Dilecto filio*; y que como ellos no reconocian al Papa por su padre espiritual, no querian ser tratados tampoco por él de hijos.

Despues de algunos dias se presentó á los nuncios una comision presidida por el canceller del elector del Palatinado para decirles de parte de los príncipes que éstos extrañaban mucho que el Papa hubiese tenido la osadía de hacerles saber la convocacion de un concilio sabiendo muy bien los motivos que les impulsaban á purificar su Iglesia siguiendo la doctrina purísima del Evangelio, y á separarse de aquellos que habian preferido adquirir honores ahogando la verdad divina en lugar de hacer honor al Salvador. Por lo demás no reconocian ya los príncipes el dominio espiritual del Papa y le negaban la autoridad de convocar un con-

cilio, porque siendo el Papa el causante de todas las contiendas y divisiones, no podia ser juez en este asunto. Al participar todo esto á los nuncios querian los príncipes establecer su posicion respecto del Papa y señalar el abismo que de éste los separaba, no hablar solamente de la invitacion al concilio. A los embajadores del emperador dijeron tocante al concilio que desde muchos años estaban pidiendo un concilio general, libre y cristiano, que se reuniera en Alemania, y en el cual la decision dependiera únicamente de la Sagrada Escritura, teniendo ellos tambien voz y voto; y como nada de esto prometia el nuevo concilio, pues que no habia de ser mas que una continuacion de los anteriores, no habia esperanza de que remediara la discordia ni corrigiese los abusos.

No podia hablar la asamblea á nombre de todo el partido protestante, ya porque no se habia invitado á la reunion á un gran número de los miembros protestantes del Imperio, ya porque los representantes de los potentados ausentes no tenian instrucciones para este caso. Para llegar á una contestacion comun convinieron los presentes que los teólogos y consejeros de los tres príncipes electores, del conde palatino de Dos Puentes, de los duques de Wurtemberg y de Pomerania y del landgrave de Hesse se reunieran el 22 de abril en la ciudad de Erfurt para estudiar esta cuestion importante é indicar lo que conviniese hacer. Esta reunion consulta se efectuó y además se celebró otra en Fulda con el mismo objeto, y en el parlamento electoral reunido en Francfort en el mes de noviembre de 1562 entregaron los príncipes al emperador Fernando su contestacion escrita al repetido requerimiento de éste de hacerse representar en el concilio, declarando solemnemente que solo podian tomar parte en un concilio que fuese real y positivamente general, cristiano é independiente, y no en el concilio de que se trataba, que no era concilio y se hallaba enteramente bajo el dominio del Papa.

Esta contestacion era la manifestacion clara y precisa del principio de que el Imperio aleman era el único juez en sus asuntos religiosos, y con esto quedó pronunciada la separacion definitiva de la Iglesia protestante alemana respecto de la católica romana.

Como la resolucion de la asamblea de Naumburg habia sido tomada por la mayoría protestante, no podia ser fructífera sino despues de hacerla suya los demás miembros protestantes del Imperio; pero en lugar de esto se efectuó un cambio completo en los miembros protestantes territoriales que dejó la obra de Naumburg completamente aniquilada.

Los príncipes protestantes del partido conciliador habian adoptado en sus conferencias redacciones de puntos doctrinales que pudiesen aceptar tambien los protestantes que se inclinaban al calvinismo, pero de ninguna manera pensaron al proceder así salirse del gremio luterano; y cuando vieron que el partido luterano rígido no aceptaba aquellas redacciones vagas, acomodaticias y además ineficaces, y pedia que se presentara la doctrina de Lutero genuina en términos claros y precisos, empezaron á abrir los ojos y á arrepentirse de su condescendencia; y la union de todos los protestantes, comprada al precio de no pasar ya ellos por buenos luteranos, les pareció demasiado cara. Así, mientras continuaban en su abstencion los príncipes que no habian querido firmar el prefacio de Naumburg, se separaron de la union muchos nobles y ciudades en el Mediodía y mas en el Norte de Alemania, y hasta empezaron á hacer lo mismo sus propios autores. El elector Joaquin de Brandeburgo y su hermano Juan, marqués de Custrin, reprendieron á sus embajadores por haber firmado el prefacio; el elector Augusto, el conde palatino Volfgang, el duque Cristóbal y finalmente

el landgrave Felipe cambiaron de parecer y pidieron una modificacion del prefacio en sentido mas luterano. En fin, al poco tiempo habia cambiado la situacion completamente: al principio del año 1561 se habia encontrado aislado el duque Juan Federico de Weimar como defensor del luteranismo ortodoxo, mientras el elector Federico del Palatinado, adalid del protestantismo aproximado al calvinis-

mo, estaba rodeado de casi todos los demás príncipes protestantes; pero en el curso del mismo año quedó aislado el segundo, abandonado de todos los príncipes que uno tras otro se decidieron por el luteranismo bien precisado, aunque abogando en favor de la tolerancia y de la amnistía, y decididos á no sufrir por mas tiempo los pugilatos de los teólogos. El mismo duque de Weimar, á pesar de sus opi-



Melancton en su lecho de muerte  
Copia de un cuadro de Lucas Cranach, existente en la Galería Real de pinturas de Dresde

nones ultra-luteranas, estaba ya hastiado de los ataques del fanático Flacio y de sus partidarios á cuantos no eran luteranos ortodoxos.

Flacio y sus imitadores habian introducido en el territorio de Weimar desde la publicacion del libro de refutacion un verdadero despotismo religioso, imponiendo severísimas penas á cuantos eclesiásticos y maestros no tomaban por norma el libro de refutacion. Los mismos autores del libro fueron perseguidos por Flacio porque no quisieron hacer suyas las modificaciones que Flacio habia introducido en él. Hugel, que no quiso leerlo desde el púlpito, y Strigel, que lo criticó en su clase, fueron sorprendidos en sus camas muy temprano el segundo dia de Pascua, 27 de marzo, y conducidos por soldados á un encierro. Puestos en libertad,

hubo entre Strigel y Flacio en Weimar una controversia ó disputa pública que duró desde el 2 hasta el 8 de agosto de 1560, á la cual asistió el duque, que siendo partidario de la escuela de Flacio, no supo encontrar nada de peligroso en las opiniones de su contrincante, al cual volvió á reinstalar en su cátedra de la universidad de Jena.

No por esto cesaron Flacio y los suyos en su tiranía y terrorismo hasta que la universidad y todo el país dieron señales de no poder aguantar por mas tiempo semejante régimen. Baltasar Winter, párroco del partido de Flacio, no quiso admitir por padrino de un bautizo al célebre catedrático de jurisprudencia Mateo Wesenbeck, que para no ser víctima de su fé protestante habia abandonado los Países Bajos, y no le admitió porque no quiso conformarse con los

principios sentados en el libro de refutación. El mismo párroco no quiso dar comunión á otro catedrático de jurisprudencia, Cristóbal Durfeld, por un motivo semejante. Estos ejemplos de persecucion religiosa cuyas víctimas eran personas distinguidas bastarán para dar una idea del régimen inquisitorial de aquellos luteranos. El mismo duque de Weimar perdió la paciencia, destituyó á Winter y declaró terminantemente que no sufriría en adelante ninguna extralimitación de los teólogos. Winter murió poco despues de disgusto, y los estudiantes para celebrar su muerte cantaron delante de la casa mortuoria un *Te Deum*.

El duque de Weimar prosiguió en la senda emprendida con mayor energía cuando vió la conversion á su favor de los firmantes de Naumburg; continuó siendo luterano rígido, pero procedió sin misericordia contra los fanáticos partidarios de Flacio, á los cuales en 22 de abril de 1561 prohibió para siempre predicar, sin que les valieran ni reclamaciones ni protestas. En 8 de julio del mismo año nombró un consejo (consistorio) superior eclesiástico para la direccion de este ramo en toda la Turingia, y como única autoridad para decretar censuras y excomunicaciones. Flacio y Wigand protestaron calificando el nombramiento de la nueva autoridad superior eclesiástica de usurpacion satánica del poder civil en el reino de Cristo, y poco faltó para que Flacio no excomulgara al mismo duque. Entonces, en diciembre de 1561, el duque destituyó á Flacio, Judex, Wigand y cuarenta eclesiásticos mas, y desterró á su caudillo. Flacio se trasladó á Regensburg á casa de su amigo Gallus, dando gracias á Dios de haber caído en la miseria por su fé. Desde entonces las desgracias persiguieron á este hombre violento y fanático, pero convencido y valiente, de gran talento, pero petrificado; los amigos antiguos le abandonaron ó se volvieron contra él, hasta que pobre y expulsado de todas partes murió en la mayor miseria en 1575.

Melancton habia muerto cuando Flacio y sus secuaces cayeron; desconsolado por el espectáculo de las disensiones entre sus correligionarios, murió el 19 de abril de 1560 á la edad de sesenta y cuatro años, sin lograr que los partidos protestantes dieran tregua á sus contiendas interiores, que pronto les resultaron funestas.

#### LA REFORMA EN EL PALATINADO

El príncipe elector del Palatinado, Federico III, á pesar de verse abandonado por los demás príncipes protestantes, continuó decidido á salvar para la Iglesia de su territorio el espíritu contemporizador que Melancton, natural del Palatinado, habia introducido en el protestantismo luterano, admitido en el país en el reinado del elector anterior Oton Enrique. También el protestantismo de Suiza y Francia, países vecinos, ejerció una notable influencia en el Palatinado, y hasta el luteranismo ortodoxo ganó algunos adeptos. Todas estas ramas de la religion reformada vivian pacíficamente cuando no habia penetrado todavía en la Alemania meridional el espíritu batallador de los teólogos; pero esta paz y concordia se acabaron con la llegada de un jóven eclesiástico que habia nacido en 1527, llamado Tilemann Hesshus, á quien el príncipe elector llamó al país por recomendacion de Melancton para instalarle como cura párroco en la iglesia del Espíritu Santo de Heidelberg y encargarle la intendencia superior de las iglesias y escuelas del país, así como la cátedra de teología en la universidad de la misma ciudad. Este hombre, que al principio fingió seguir los principios de Melancton, era uno de los mas repugnantes de aquellos teólogos fanáticos que en tan gran número vivian entonces entre los protestantes alemanes y creían cumplir con una mision

divina destruyendo la paz entre los protestantes. Haríase un insulto al erudito ilirio Flacio, que era fanático de buena fé, si se comparase con él á este Tilemann Hesshus, verdadero demagogo del luteranismo que en todas partes donde logró introducirse creó al momento discordias y desazones. Por desgracia tuvo el talento de ocupar siempre nuevos puestos, mejorando á cada cambio y ganando cada vez mayor influencia, pues estuvo colocado sucesivamente en Goslar, Rostock, Magdeburgo, Wesel, Jena, y habia regentado el obispado de Samland (1), sembrando en todas partes discordias y recogiendo odios. Murió siendo catedrático de la hoy suprimida universidad de Helmstadt en el ducado de Brunswick.

Este hombre, pues, llegó en 1557 á Heidelberg á la edad de treinta años, y apenas hubo tomado posesion de los cargos citados introdujo en la Iglesia del país reformas en el sentido luterano más rígido, especialmente en la comunión, lo que suscitó una oposicion tenaz del clero acaudillado por Klebitz, colega de Hesshus, diácono de la misma iglesia del Espíritu Santo, y hombre apasionado é irritable. La guerra que se hicieron estos teólogos se comunicó á la universidad. La facultad de Teología promovió al doctorado en febrero de 1559 á un adepto de Calvino, el erudito Estéban Sylvius de Groninga (Holanda), lo cual excitó la ira de Hesshus que lanzó desde el púlpito contra los doctores de la universidad groseras invectivas, en lo cual nadie le ganaba. Realmente, al considerar la vida de este hombre, no parece sino que en aquella época la grosería mas brutal y soez era una excelente recomendacion para un teólogo en Alemania. Cuando Klebitz, para ser admitido en la universidad como bachiller, defendió en un discurso la comunión segun la fórmula de Melancton, Hesshus le amenazó con excomulgarle y le trató desde el púlpito de arriano y de diablo. Cuando predicaba resonaban en la iglesia los insultos é imprecaciones mas soeces contra los sectarios y á veces contra la universidad y el consejo municipal, tanto que uno de sus adeptos llegó por fin á decir que parecia un marrano que devastaba la viña del Señor.

Cuando el elector Federico III regresó del parlamento de Ausburgo del año 1559 habia llegado á tanto el escándalo de los devotos, que tuvo que amenazar á todos los eclesiásticos con la destitucion si continuaban sus disputas y pendencias teológicas, diciéndoles que en lugar de disputar se aplicaran á hacer de hombres malos cristianos buenos, y les ordenó servirse en la comunión de la fórmula conciliadora; pero Hesshus no hizo caso de esta orden y continuó lanzando maldiciones desde el púlpito sin respetar á su soberano y tratando de convencer á su devoto auditorio de que el príncipe habia abandonado la fé evangélica verdadera.

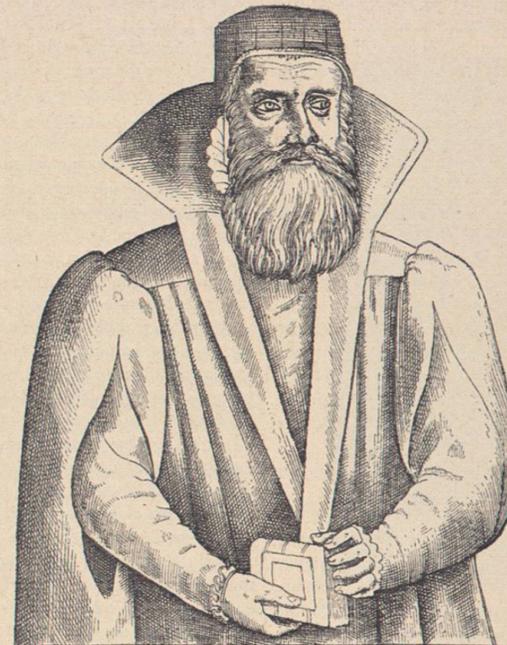
Atacó tambien como siempre á su compañero y adversario Klebitz, y éste, olvidando la promesa que habia dado al príncipe, le contestó y un dia hasta le apaleó en la plaza al salir de la iglesia. Cansado el príncipe de tanto escándalo destituyó á Hesshus y á Klebitz, si bien á este último en términos menos rudos. Hesshus se dirigió á otros países para continuar allí su papel indigno y repugnante, y el príncipe ordenó que en su territorio se administrara el sacramento de la Eucaristía solo en la forma recomendada por Melancton, cuya doctrina le pareció la mejor para asegurar la concordia religiosa. Con esto, sin embargo, excitó contra sí á los luteranos ortodoxos que publicaron folletos teológicos en los cuales acusaron al príncipe de sectario hereje, y Hesshus le llamó en sus escritos apóstata, todo con grandísima satis-

(1) Comarca de la Prusia Oriental, cuyo último obispo, Jorge Polenz, adoptó en 1523 la reforma protestante y la introdujo en su obispado.

faccion de los teólogos de Turingia que se apresuraron á hacer coro con los demás luteranos fanáticos. El mismo Calvino y tambien Beza tomaron parte en la polémica, y Klebitz defendió á Federico III en un folleto titulado *La victoria de la verdad y la ruina del papado sajón*.

Una discusion que tuvieron en el mes de junio de 1560 teólogos de Turingia y del Palatinado en Heidelberg no hizo mas que confirmar al elector Federico III en su opinion de que el término medio de Melancton era el mejor; pero la desercion de los que habian estado á su lado en la cuestion del prefacio le arrojó en brazos del calvinismo, y no como

último refugio enfrente de la oposicion, sino porque solo escuchó la voz de su conciencia y no consintió, como otros soberanos de su época, que nadie le prescribiese lo que habia de creer. Estudiando concienzudamente las controversias religiosas, no pudo decidirse ni por la comunión de los primeros protestantes por ser todavía papista, ni por la autoridad de Lutero que solo muy gradualmente habia llegado á la verdad evangélica, y en lo tocante á la comunión continuó obstinadamente apegado á la doctrina católica. El elector Federico III continuó afirmando que era uno de los protestantes de la profesion de fé de Augsburgo, pero solo en lo



TILEMANNVS HESHVSIVS DOCTOR

que en ella se fundaba sobre la Sagrada Escritura, es decir, sobre la palabra de Dios, de los profetas y de los apóstoles. Admiraba la figura imponente de Lutero y la magnitud de su obra, «pero sin tenerle por ángel ni por profeta al cual se debiera creer sin exigirle testimonios de la Sagrada Escritura, pues, segun decia, entre el oro y las piedras preciosas de su obra podria hallarse tambien un poco de madera y paja.» En suma, Federico III del Palatinado estaba penetrado de que Lutero habia dejado sin concluir la reforma religiosa en el sentido del Evangelio, y de que era ya tiempo de concluir esta obra. Con esta conviccion tomó á su cargo con toda la fé y el entusiasmo del verdadero creyente la mision de llevarla á término. Entró en relaciones con Bullinger, Beza y otros calvinistas á cuya doctrina le inclinaba su deseo puro de encontrar la verdad; y sin querer separarse del luteranismo moderado, no pudo dejar de conocer que la doctrina de Calvino concordaba mas con la Sagrada Escritura; que entre sus adeptos los reformados no habia, como entre los luteranos, divergencias tocante á los puntos capitales, y que los calvinistas con su doctrina de la comunión formaban un solo grupo sólidamente unido enfrente de los adeptos de la religion católica romana. Tambien le gustó mas que la luterana la severa disciplina religiosa en la vida práctica de los

reformados, ya que la religiosidad de los luteranos era mas contemplativa y espiritual y no se traducia en hechos prácticos. Por esto no quiso hacer coro con los luteranos fanáticos que se negaban á tener por correligionarios á los hugonotes.

No habia pasado todavía un año despues de la reunion de los príncipes protestantes en Naumburg, cuando el elector del Palatinado empezó á transformar la Iglesia de su país en sentido calvinista; quitó de los templos los órganos y las imágenes de santos; una simple mesa reemplazó al altar, un vaso comun al cáliz y pan verdadero á las hostias; y el sacerdote partía el pan y lo daba así á los que comulgaban: innovaciones todas, si bien del culto exterior, que los luteranos miraron como conversion completa al calvinismo. Luego mandó á Tomás Erasto redactar un escrito en el cual el sacramento de la Eucaristía estaba explicado enteramente en el sentido calvinista, pero en la inteligencia de continuar comprendida la Iglesia del Palatinado en la profesion de fé de Augsburgo modificada por Melancton, del año 1540. En febrero de 1563 fué publicado el catecismo ó doctrina de la Iglesia del Palatinado, libro redactado por los dos teólogos de Heidelberg Zacarías Ursinus y Gaspar Olevianus, ambos jóvenes, pues ninguno de ellos llegaba á la edad de treinta años. Este libro es una obra maestra en la cual van unidos